

Joachim Wiemeyer

Evangelii Gaudium: programa de un pontificado

En el primer año de su pontificado, el papa *Francisco* logró ganar simpatías para su persona y para la Iglesia católica mediante símbolos y gestos, así como su trato cordial con las personas. Impresionó que para su primer acto público como Papa no haya usado la estola de armiño. Sigue viviendo en la casa de huéspedes del Vaticano en vez de mudarse al Palacio Apostólico. El Jueves Santo se dirigió a una cárcel para lavarle los pies a una mujer musulmana. Durante una visita a Lampedusa expresó su solidaridad con aquellos refugiados que intentan cruzar el Mediterráneo. De su trato personal con las personas así como de su mensaje religioso emana amor y caridad. El Papa ha logrado un clima de discusión más abierto al interior de la Iglesia y ha alentado discusiones francas, por ejemplo durante la convocatoria del Colegio Cardenalicio en febrero de 2014.

Mientras su primer escrito más extenso, la encíclica *Lumen Fidei*, había sido redactado en gran parte por el papa *Benedicto XVI*, aprovechó la misión heredada de su predecesor, el resumir en un documento amplio las conclusiones del Sínodo de los Obispos celebrado en octubre de 2012 sobre el tema «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana», para la publicación de una carta apostólica, la cual en cierto modo realza el programa de su pontificado. Él aspira a que todos los cristianos irradien la alegría del Evangelio (*Evangelii Gaudium*, en latín). La carta está marcada por un estilo personal, el cual integra los deseos y experiencias del Papa, y también se caracteriza por una actitud apelativa y un lenguaje fácil de comprender, empleados en pos de la lucha contra el pesimismo (también al interior de la Iglesia) y para promocionar una actitud optimista (véase el punto 82 s.).

En este contexto, *Francisco* deja entrever aquello que el papa *Juan Pablo II* había formulado para la doctrina social de la Iglesia, que la Iglesia en su totalidad sería marcada por «continuidad y renovación».¹ La continuidad con sus predecesores está sobre todo en señalar los desarrollos erróneos del mundo moderno, en el sentido de una crítica cultural,² sobre todo respecto a las sociedades industrializadas de Occidente, las cuales se caracterizan por un excesivo individualismo, pautas de consumo no cuestionadas, un superficial pensamiento utilitarista y una cultura materialista (véase el punto 2). El Papa mantiene fidelidad con las decisiones de sus predecesores, por ejemplo, al descartar el sacerdocio femenino (n.º 104). Sin embargo, deja entrever que está consciente de que las interrogantes planteadas por la equidad de género son parte de los desafíos centrales del presente y que la Iglesia hasta el momento no ha entregado respuestas satisfactorias. Rechaza expresamente el aborto (n.º 213 s.). Asimismo, en la parte espiritual del documento (véase los puntos 284-288), confirma la devoción mariana de la cual eran adherentes sus predecesores.

La finalidad del documento es una Iglesia misionera que anuncia el Evangelio en todas partes y constantemente. El Papa tiene la visión de una Iglesia en la cual no solo los obispos, sacerdotes, diáconos y clérigos intervienen por el Evangelio, sino en la cual lo hagan todos los bautizados y confirmados. Jesús dijo que vino a «dar buenas nuevas a los pobres» (Lc 4:18), razón por la cual este aspecto asume un rol importante en *Evangelii Gaudium*.

El documento tiene tres ejes centrales que se expondrán a continuación. El primero corresponde a las reformas al interior de la Iglesia que deben aportar a que la Iglesia sea una Iglesia más evangelizadora. El segundo aborda las reflexiones de la ética social para una sociedad justa. El tercer eje tematiza las relaciones con las otras confesiones y comunidades religiosas.

1. De la reforma de la Iglesia

El objetivo central del Papa es una pastoral decididamente misionera (véase el punto 15), dispuesta a anunciar el Evangelio en todas partes. Para ello se requiere de un gran número de nuevas orientaciones, con tal de conformar una Iglesia con nuevos impulsos, una comunidad de «discípulos misioneros» (n.º 24). Esto plantea la exigencia de una búsqueda descentralizada y creativa al interior de la Iglesia.

Durante el pasado, la relación entre la teología académica y los cargos eclesiales no ha estado libre de tensiones, sobre todo en los países de habla germana. El papa *Francisco* destaca el significado positivo de la teología y acentúa la legitimación de los distintos enfoques teológicos (véase el punto 40). También subraya la necesidad de una apertura hacia otras disciplinas académicas. «La Iglesia, empeñada en la evangelización, aprecia y alienta el carisma de los teólogos y su esfuerzo por la investigación teológica, que promueve el diálogo con el mundo de las culturas y de las ciencias.» (n.º 133). Sin embargo, los teólogos no deben contentarse con una mera «teología de escritorio» (ibíd.).

El Papa lamenta que con frecuencia se encuentran pocos laicos (véase el punto 81) dispuestos a asumir voluntariamente responsabilidades en la Iglesia. Los laicos deben asumir la misión que les fue encomendada en virtud del bautismo y la confirmación y no se les debe desalentar al no involucrarlos en las decisiones eclesiales tomadas por la jerarquía de la Iglesia (véase el punto 102). El compromiso de los laicos no debe limitarse al espacio al interior de la Iglesia, sino que también debe tener efectos sobre la sociedad, la economía y la política. Todos los cristianos han de considerarse como «discípulos misioneros» (n.º 120).

Para la Iglesia católica es de central importancia la selección acertada de los individuos que son sometidos a la ordenación. Por consiguiente, advierte que se debe llevar a cabo una selección cautelosa de aquellos aspirantes a sacerdote, para evitar que ellos cuenten con motivaciones erróneas para ejercer su función, por ejemplo «búsquedas de formas de poder, glorias humanas o bienestar económico». (n.º 107). El Papa hace algunas advertencias a los sacerdotes sobre cómo desempeñar su cargo. En este marco, rechaza un «excesivo clericalismo»

(n.º 102). El Papa critica la conciencia de élite narcisista-autoritaria en sectores del clérigo (véase el punto 94).

Ser sacerdote no significa ejercer poder, sino prestar un servicio a la parroquia que le es encomendada y sobre todo significa dar los sacramentos. Exige que los sacerdotes invoquen una y otra vez su misión principal, la de la evangelización, que vayan hacia donde están los pobres y que no se aíslen. Además, el Papa da importancia a una buena homilía (n.º 135-159), para cuya preparación el sacerdote debiera dedicarle su tiempo. La homilía que resulte de este trabajo debe ser precisa y enfocarse en un mensaje de caridad y justicia en vez de inculcar normas (véase el punto 38). El Papa desea «una Iglesia pobre para los pobres» (n.º 198). La asistencia hacia los pobres debe incluir particularmente una atención espiritual (véase el punto 200), no solo una material. Por consiguiente, los sacerdotes –pero también otros– no debieran rehuir de resultar «manchad(os)» (véase el punto 49). En su mensaje debe quedar manifiesto que la caridad (véase el punto 37) es la virtud fundamental.

Para la Iglesia católica ocupa un rol central el episcopado. El Papa amonesta a los obispos para que no se rodeen de aduladores y conformistas, sino que soliciten la asesoría de todos. Tampoco sería estrictamente necesario que el obispo guíe a su comunidad, ya que «el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos» (n.º 31).

Por el tono de la carta, en la cual el Papa cita continuamente las resoluciones de las distintas conferencias episcopales, se fomenta el papel de las iglesias locales. Sin embargo, no se cita a la Conferencia Episcopal Alemana. ¿Será por la simple razón de que sus documentos no fueron traducidos al italiano o al español? ¿O será porque los obispos alemanes hablan de forma muy poco profética, tal y como lo hace el papa *Francisco* en este documento y sobre todo en su crítica al sistema económico? El Papa cita expresamente a su predecesor *Pablo VI*, quien en *Octogesima adveniens* de 1971 (n.º 4) destacó que el Papa no estaría en condiciones de dar recomendaciones concretas para todas las iglesias locales, sino que éstas estarían llamadas a mostrar iniciativa propia y que deberían reflexionar las condiciones sociales y pastorales de su país (véase el punto 184). Se trata de una saludable «descentralización» de la Iglesia (n.º 16).

Respecto al status de las conferencias episcopales, hasta el momento ha sido un tema controversial en la teología de que si constituyen más bien asociaciones organizacionales, si solo son responsables de asuntos derivados de las relaciones específicas entre Estado e Iglesia en cada país particular o si bien les corresponde una propia autoridad doctrinal teológica (o bien una dogmática o de la teología moral). El papa *Francisco* explícitamente le concede cierta autoridad doctrinal a las conferencias episcopales (n.º 32). De este modo, este Papa del hemisferio sur aspira a superar el hasta ahora predominante eurocentrismo de la Iglesia. Su concepto de reforma es relevante tanto para su propio cargo como para la Curia y la cooperación entre Roma y las iglesias locales. «Una excesiva centralización, más que ayudar, complica la vida de la Iglesia y su dinámica misionera.» (n.º 32).

En consecuencia, señala que es posible sacar lecciones de la sinodalidad de la ortodoxia para la Iglesia católica. Aparentemente, destaca este tema con la finalidad de revalorizar al instrumento del Sínodo de los Obispos al interior de la Iglesia católica. En la discusión de los cardenales durante el pre-cónclave, tenía importancia central la mayor participación de las iglesias locales en la administración de la Iglesia mundial. Sin embargo, en este contexto no queda claro si los presidentes de las conferencias episcopales deben reunirse periódicamente en Roma, si se debe fortalecer a los sínodos episcopales o si se le debe asignar un mayor rol al Colegio Cardenalicio. Asimismo, la Curia Romana debe ejercer una función al servicio de la Iglesia mundial. Esta inédita interpretación de su propio cargo y de la Curia que trabaja para él tiene una importancia central. Las consecuencias prácticas de los impulsos entregados por el Papa ya se ven reflejadas en la instalación de un gremio asesor de ocho cardenales de la Iglesia mundial y en amplias consultas sobre la preparación del Sínodo de los Obispos.

El Papa señala con especial énfasis que el Evangelio debe anunciarse en todo el mundo, objetivo que no se puede lograr mediante una visión europea del cristianismo, sino que implica que la fe cristiana adopte sus propios matices en las distintas culturas (véase el punto 117). También las distintas formas de religiosidad popular que se encuentran en la Iglesia son manifestación de las distintas culturas. En este contexto, la Iglesia, en su condición de organización mundial con 1,2 mil millones de seguidores, puede lograr una expresión de unidad y diversidad al mismo tiempo que pueda ejercer de modelo para otros en el mundo globalizado.

En las declaraciones sobre la Iglesia resulta sorprendente que si bien el Papa señala a veces los distintos carismas, solo en el punto 169 alude al clérigo (y de forma más bien pasajera). A pesar de que en su calidad de jesuita él mismo es parte del clérigo, sorprendentemente no se encuentran amplias declaraciones sobre las órdenes y las comunidades religiosas, su papel en la nueva evangelización y la misión. No pone acentos distintos a los del Concilio Vaticano II, durante el cual los obispos tendieron a marginar el rol de las órdenes en la Iglesia o las subordinaron a la jerarquía episcopal. Kaufmann³ estima que las órdenes fueron las «perdedoras» del Concilio Vaticano II.

En Alemania, la Iglesia muestra un profundo compromiso social y preocupación por los grupos desvalidos de la población, sobre todo a través de Caritas. Los intereses de estos grupos marginados también se expresan en interrogantes que apuntan a las estructuras sociales. Sin embargo, es necesario preguntarse si la «atención espiritual para los pobres» que exige el Papa será llevada a cabo por los integrantes de las parroquias que provienen en su gran mayoría de la clase media.⁴ Además, cabe plantear la pregunta sobre el significado de la exigencia pontificia de una «Iglesia pobre para los pobres» en la utilización de los ingresos corrientes y del patrimonio de la Iglesia en Alemania.

2. La opción preferencial por los pobres como base de la ética social

El Papa advierte expresamente que su carta no constituye un «documento social» (n.º 184) sino que la exposición de problemas sociales sirve para describir el contexto en el cual se debe desarrollar la nueva evangelización. La correlación entre la nueva evangelización y la ética social se evidencia en el hecho de que la religión no es asunto privado y que la misión de la Iglesia no consiste solo en preparar a las personas para la vida eterna. La anunciación del «reino de Dios» y el mandamiento del amor al prójimo comprometen a los cristianos a «cambiar el mundo» (n.º 183), con tal de hacerlo más justo. La Iglesia no exige ningún «monopolio en la interpretación de la realidad social o en la propuesta de soluciones para los problemas contemporáneos» (n.º 184). «En el diálogo con el Estado y con la sociedad, la Iglesia no tiene soluciones para todas las cuestiones particulares.» (n.º 241). Como punto de partida para el análisis eclesial de la sociedad sirven los grandes postulados «de la Doctrina Social de la Iglesia» (la dignidad de la persona, el bien común, la subsidiariedad, la solidaridad) (n.º 221).

En la prensa secular han causado gran revuelo sobre todo aquellas declaraciones del Papa que conciernen a la economía, en especial la afirmación: «Esa economía mata.» (n.º 53) La prensa económica⁵ diagnosticó la ignorancia económica del Papa y le atribuyó juicios erróneos. Sin embargo, en este debate no tuvo lugar una contextualización satisfactoria de sus declaraciones.⁶ Por ejemplo, se debe considerar el *ductus* de su argumentación.⁷ Se caracteriza por un discurso profético, tal y como nos es familiar del Antiguo Testamento, hecho expresamente destacado por el Papa (n.º 215 y 218). El tono profético fundado en la Biblia difiere de un modo de argumentar enfocado en los hechos y mucho más aún de uno académico. Esto causó sorpresa sobre todo en Alemania, ya que en ese país el discurso profético no corresponde al *ductus* del habla eclesial. Por el hecho de que en Alemania los valores, reglas e instituciones de la convivencia social (por ejemplo, el orden económico y social) están fuertemente marcados por el cristianismo, las tomas de postura redactadas por la Iglesia alemana apuntan generalmente a mejoras paulatinas (tales como un incremento de las tasas del subsidio de desempleo *Hartz IV* o del subsidio familiar), pero no plantean críticas fundamentales del orden económico y social. Esto deriva en la interpretación errónea⁸ de que el Papa aspira a una crítica fundamental del capitalismo y no a una posible y necesaria mejora del orden económico.⁹

Es importante tomar en cuenta la perspectiva del Papa, quien aborda la problemática en el contexto de su procedencia de un país del hemisferio sur y a pesar de que Argentina no está entre los países más pobres del mundo, sí cuenta con desequilibrios sociales extremos. Él ve la situación económica y social de las personas desde la perspectiva de los pobres, es decir, de personas que sufren hambre, que mueren de hambre, que viven junto a vertederos y cuya subsistencia se basa en los desechos de otros. Esta realidad sirve como fundamento para su crítica a una economía que mata (véase el punto 53). Piensa en sociedades que se caracterizan por una marcada falta de consideración social y en las cuales las personas no solo son explotadas, sino que algunas son completamente marginadas de la participación social, ya sea como trabajador, sujeto jurídico, ciudadano o consumidor.

En contraposición a los titulares en los medios de comunicación, que sugieren que el Papa «desprecia a los ricos»¹⁰, él mismo rechaza esta suposición expresamente. «El Papa ama a todos, ricos y pobres, pero tiene la obligación, en nombre de Cristo, de recordar que los ricos deben ayudar a los pobres, respetarlos, promocionarlos.» (n.º 58) Solo cuestiona la difundida concepción económica de que un crecimiento económico generalizado genere un «derrame» (véase el punto 54), es decir, que las ventajas del crecimiento también benefician a los sectores más desvalidos de la población. Si bien es cierto que la lucha contra la pobreza requiere de crecimiento económico, éste debe estar vinculado a una distribución justa (véase el punto 204). Además, es importante tener en cuenta que el crecimiento no debe estar basado en un manejo irresponsable de la naturaleza (véase el punto 215).

Es un hecho de que el «chorreo» no se observa ni en EE.UU., donde durante los últimos 30 años el aumento de la prosperidad se ha concentrado en el 10% y sobre todo en el 1% más rico de la población¹¹, ni tampoco en muchos países emergentes y en vías de desarrollo, donde persisten brutales brechas entre «pobres» y «ricos», ni tampoco en el proceso de globalización entre los países industrializados y los países en vías de desarrollo. La diferencia entre los mil millones de personas más pobres en el mundo y los países más prósperos se ha incrementado pese a todos los esfuerzos en pos de un desarrollo recuperador. El comentario que hacen los críticos del Papa,¹² de que la cifra de personas que viven en pobreza absoluta habría disminuido en un escenario de crecimiento de la población mundial, no contradice el hecho de la creciente desigualdad (crecimiento de la pobreza relativa), en un escenario de decrecimiento de la pobreza absoluta, pero con un crecimiento acelerado de los ingresos más altos que acrecienta la brecha entre pobres y ricos. Los críticos del Papa¹³ no consideran la creciente disparidad en la distribución de los ingresos y del patrimonio que se puede observar en casi todos los países y no preguntan si sin una disminución de los incentivos económicos para el crecimiento se podría lograr una distribución más uniforme de los ingresos.

Los escenarios de grandes desigualdades sociales tienen como consecuencia una mayor violencia gatillada por la pobreza y la desesperación (véase el punto 59). Además, es muy difundida la inseguridad existencial. Las altas tasas de criminalidad en países con desequilibrios sociales extremos subrayan este hecho. Por ejemplo, la cifra de reclusos por 100.000 habitantes es ocho veces mayor en EE.UU. que en Alemania.

El Papa pone énfasis en el estrecho vínculo que existe entre condiciones sociales justas y una verdadera paz social. La calma social no se debe imponer mediante la represión violenta de las protestas de los pobres (véase el punto 218). En este punto refleja la experiencia de las sociedades latinoamericanas.

El actuar económico y social de los cristianos debe apuntar a «resolver las causas estructurales de la pobreza y para promover el desarrollo integral de los pobres» (n.º 188). Pese a que el Papa se sirve en muchas partes de una semántica proveniente de la ética individual, pone en evidencia que a nivel sistémico está

interesado en la problemática estructural y, por tanto, en una problemática genuina de la ética social.

Pone su énfasis en la doctrina eclesial de la propiedad, sosteniendo la prioridad de la destinación común de la propiedad y de las obligaciones sociales antes que los derechos del propietario privado. Constituye un error rehuir el compromiso social invocando los derechos humanos (véase el punto 190). Como objetivo propone una sociedad en la cual las personas podrán cubrir efectivamente sus necesidades básicas, tales como alimentación, educación, prestaciones de salud, etc., mediante un trabajo con remuneración digna (véase el punto 192). Los problemas de la pobreza se deben resolver desde sus raíces, «atacando las causas estructurales de la inequidad» (n.º 202). Se exige una atención especial para las personas en situación de calle, drogadictos, refugiados, pueblos originarios, así como para personas ancianas o que sufren de abandono (véase el punto 210). Se mencionan expresamente las víctimas de la trata de personas y las mujeres que sufren de violencia.

Respecto a los migrantes, el Papa exige abrir generosamente aquellas fronteras que permiten nuevas síntesis culturales. No debiera predominar el temor ante la pérdida de la identidad propia (véase el punto 210). En este punto cabe la pregunta de si el Papa no es quizás demasiado optimista y si no ve las tensiones y problemas sociales de una numerosa inmigración, considerando el hecho de que son sobre todo las sociedades con poca desigualdad y gran solidaridad las cuales se caracterizan por una política de migración restrictiva (por ejemplo, Dinamarca).

El Papa no es simplemente un defensor del concepto de la economía social de mercado, tal y como la podemos encontrar en Alemania. Esto por el hecho de que considera que los países industrializados de Occidente están afectados por el consumismo (véase el punto 60). Manifestación extrema de tal consumismo es el hecho de que alrededor de un tercio de los alimentos en Alemania se bota a la basura. Semejante desperdicio se da también en la clase alta de países en vías de desarrollo, mientras en los mismos países personas mueren de hambre.

Otra crítica central del Papa apunta al dominio de la economía financiera, la cual hace tiempo abandonó su rol de servidora de la economía real. El dinero ha devenido en un ídolo (véase el punto 55). Critica agudamente la «autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera» (n.º 56 y n.º 202). La codicia por dinero, propiedad y poder también lleva a la corrupción y a la evasión de impuestos. El dinero debe estar a nuestro servicio, no debe goberarnos. Resulta extraño cómo frente a los escándalos de la economía financiera que se develan constantemente y a las multas en órdenes de miles de millones de euros a pagar por los principales bancos del mundo, actualmente se siga alabando la libertad del mercado.¹⁴

El hecho de que no se trata de una crítica fundamental del capitalismo por el Papa,¹⁵ se evidencia cuando éste hace hincapié en que la actividad del empresario sería una noble tarea, siempre y cuando su actividad esté basada en los valores correctos y sirva al bien común (véase el punto 203). El Papa desea

políticos «a quienes les duela de verdad la sociedad, el pueblo, la vida de los pobres» (n.º 205). Esto también requiere de una mejor coordinación de la economía mundial. Lamentablemente, no especifica cómo lograr esto «dejando a salvo la soberanía de las naciones» (n.º 206). Probablemente, la mejora de la gobernanza global requiere de una renuncia parcial de los Estados nacionales a su soberanía.

En la discusión en Alemania¹⁶ se sostuvo que el Papa ignoraba el concepto de la economía social de mercado y que, por tanto, su crítica económica tendría ciertas deficiencias. Sin embargo, esta visión omite la discusión sobre si la economía social de mercado sigue existiendo no solo en teoría sino también en la realidad alemana, en el sentido del lema de *Ludwig Erhard*, «bienestar para todos», y en qué medida sigue existiendo. Al interior de Alemania no se puede ignorar una arraigada cesantía de largo plazo ni tampoco un sector de ingresos bajos relativamente amplio. Asimismo, se sigue agrandando la brecha en la distribución de los ingresos. Cuando en Alemania se podía hablar de tener una economía social de mercado, la diferencia entre el ingreso de un empleado corriente y la alta dirección era de 1:30 o 1:40 (por ejemplo, el vocero del consejo directivo de Deutsche Bank, *Hermann-Josef Abs*, en los años 60) y no como actualmente (después de 2000) de 1:300, como es el caso de Volkswagen o Deutsche Bank (los presidentes del consejo directivo *Ackermann* y *Winterkorn*). Mientras un 50% de la población alemana posee el 1% del patrimonio, el 50% restante posee el 99%, sobre todo el 10% más rico. También existen ciertas barreras en el sistema educacional, las cuales generan oportunidades desiguales (por ejemplo, para los hijos de migrantes). También se está evidenciando una creciente pobreza entre los adultos mayores. Por esta razón es que se discuten regulaciones tales como el salario mínimo. Tampoco se está viendo el problema en toda su envergadura si se señala que en primer lugar hace falta recaudar el dinero necesario para el Estado social o bien para el compromiso social de la Iglesia (en forma de limosnas).¹⁷ El enfoque del Papa apunta hacia un orden social justo que impida desde un principio que las personas se conviertan en objetos que necesitan de la asistencia del Estado social o de privados (por ejemplo, a causa de la cesantía prolongada). Además, desde el año 2008 no se ha logrado instalar regulaciones adecuadas para el «capitalismo financiero» y así imponer la primacía de la política sobre la economía.¹⁸

En el contexto de la globalización, el Papa rechaza la «occidentalización» de todos los países del mundo, por ejemplo, mediante la difusión de sus valores, productos y estilos de vida a través de dispositivos de comunicación modernos. A los países externos a Europa y Norteamérica se les debe permitir desarrollar su propia cultura (n.º 62).

3. El diálogo con la sociedad y las comunidades religiosas

Para el Papa, es de gran relevancia la relación con otras confesiones cristianas, con otras comunidades religiosas, así como con los agnósticos. Esto tiene en primer lugar una dimensión ligada a la ética social, ya que el entendimiento es beneficioso para la paz (n.º 218).

En este marco manifiesta su voluntad de llevar a cabo un diálogo real con alturas de mira y también con la disposición de aprender de los otros, por ejemplo, cuando destaca el principio de la sinodalidad de la ortodoxia (véase el punto 246). Esto por el motivo de que el espíritu también planta su semilla en otras confesiones cristianas. La división del cristianismo merma la credibilidad de su testimonio para la misión en varias partes del mundo.

Respecto a la relación con el judaísmo, el Papa deja en claro que existen grandes afinidades, por el hecho de que tanto los cristianos como los judíos creen en el mismo Dios. Sin embargo, los cristianos no podrían dejar de anunciar a Jesús como Mesías e hijo de Dios (véase el punto 249).

Con el fin de asegurar la paz, el diálogo interreligioso constituye «una condición necesaria para la paz en el mundo, y por lo tanto es un deber para los cristianos, así como para otras comunidades religiosas» (n.º 250). El diálogo sirve para la comprensión de las diferencias y para el compromiso en pos de la justicia. Sin embargo, el Papa exige de los cristianos en primer lugar mantenerse fieles a su propia identidad, de no adherir al sincretismo y tampoco aprobar todo en un afán de diplomacia exagerada. Entre los principales grupos religiosos hace mención especial al Islam, por el hecho de que en muchos países se da la convivencia entre cristianos y musulmanes. En primer lugar, el Papa procede a destacar las raíces abrahámicas compartidas. Exige de los cristianos el respeto y la consideración frente a inmigrantes musulmanes en países que son mayoritariamente cristianos y, en sentido contrario, espera lo mismo de los países islámicos. «¡Ruego, imploro humildemente a esos países que den libertad a los cristianos para poder celebrar su culto y vivir su fe, teniendo en cuenta la libertad que los creyentes del Islam gozan en los países occidentales! Frente a episodios de fundamentalismo violento que nos inquietan, el afecto hacia los verdaderos creyentes del Islam debe llevarnos a evitar odiosas generalizaciones, porque el verdadero Islam y una adecuada interpretación del Corán se oponen a toda violencia.» (n.º 253). En este punto habría sido adecuado pronunciarse con más firmeza frente a algunos Estados de población mayoritariamente islámica respecto a la exigencia de una igualdad en los derechos ciudadanos. Para corrientes laicistas, en cambio, exige el derecho a la libertad de credo como un derecho humano fundamental (véase el punto 255).

4. Conclusión

Aparentemente, constituye la misión principal del Papa *Francisco* el superar la rigidez de la Iglesia, con tal de volver a hacer justicia a su misión original, la de anunciar el Evangelio entre todos los pueblos y sobre todo entre los pobres. Para él, la anunciación del Evangelio y el compromiso en pos de la justicia social deben llevarse a cabo juntos. Rechaza la difundida resignación en la Iglesia y pretende inspirar nuevo aliento para el compromiso misionero y el actuar en pos de una mayor justicia social. Para ello, aspira a una reforma de la Iglesia enfocada en darle valor tanto al clérigo como a todos los creyentes.

Prof. Dr. rer. pol., lic. theol. Joachim Wiemeyer es docente de doctrina social cristiana en la Facultad Teológica Católica de la Universidad Ruhr de Bochum.

¹ Véase a Juan Pablo II.: *Sollicitudo rei socialis* (1987), n.º 3.

² Karlies Abmeier: «Kapitalismuskritik, Kulturkritik und Reformen in der Kirche», Konrad-Adenauer-Stiftung, *Analysen & Argumente* 138, enero de 2014.

³ Véase a Franz Xaver Kaufmann: *Kirchenkrise, Wie überlebt das Christentum?* Friburgo (2011), p. 174.

⁴ Véase a Abmeier, *ibíd.*, p. 8.

⁵ Véase por ejemplo a Christoph Schäfer: «Was der Papst verschweigt» en: *FAZ* (29.11.13); Rainer Hank: «Die Kirche verachtet die Reichen» en: *FAZ am Sonntag* (1.12.13); Robert Grözinger: «Wie der Papst in Wirtschaftsfragen irrt» en: *FAZ* (30.12.2013); Josef Joffe: «Heillose Kapitalismuskritik» en: *ZEIT* (12.12.13), p. 10; Rüdiger Jungbluth: «Der Papst und die Wirtschaft» en: *ZEIT* (19.12.13), p. 31; Marc Beise: «Der Papst irrt» en: *Süddeutsche Zeitung* (30.11.13). Una postura contraria toma Heribert Prantl: «Kapitalismus tötet» en: *Süddeutsche Zeitung* (07.12.13).

⁶ Véase a Ingo Pies: «Diese Wirtschaft tötet.» – *Wirtschaftsethische Stellungnahme zu einigen zentralen Aussagen des Apostolischen Schreibens „Evangelii Gaudium“ von Papst Franziskus*, documento de debate n.º 2013-38, Cátedra de Ética Económica, Universidad Martin Luther de Halle-Wittenberg.

⁷ Véase también a Joachim Wiemeyer: «Papst Franziskus und die Wirtschaft. Anmerkungen zum apostolischen Schreiben „Evangelii Gaudium“» en: *Amos international*, 8.º año, 1.ª edición, pp. 50-53.

⁸ Por ejemplo, de Joffe, *ibíd.*

⁹ Los cardenales Reinhard Marx [«Wider die Dämonen des Kapitalismus» en: *FAZ am Sonntag* (15.12.13)], Rainer Maria Woelki: [«Der Heiler des Herrn»] y Karl Lehmann [«Tötet dieses System», ambos textos en: *Christ und Welt* (5.12.13)] defienden al Papa.

¹⁰ Véase a Hank, *ibíd.*

¹¹ Es un tema que Pies (*ibíd.*) omite.

¹² Véase a Schäfer, *ibíd.*

¹³ Véase a Jungbluth, *ibíd.*

¹⁴ Véase a Grözinger, *ibíd.*

¹⁵ La misma apreciación se encuentra en el texto de Ingo Pies, *ibíd.*

¹⁶ Véase a Karin Abmeier, *ibíd.*, p. 9.

¹⁷ Véase a Abmeier, *ibíd.*, p. 6.

¹⁸ Véase a Joachim Wiemeyer: «Das Verhältnis von Wirtschaft und Politik in der Finanzkrise» en: M. Dabrowski, J. Wolf, K. Abmeier (eds.): *Überwindung der EU-Schuldenkrise zwischen Solidarität und Subsidiarität*, Paderborn (2013), pp. 129-153.